

EVIDENCIA DE SUICIDIO

Fredric Brown

El sargento-detective era un hombre grande y de movimientos pesados, pero no era un estúpido. Sabía reconocer un suicidio siempre que se encontraba frente a uno, pero no lo daba nunca por supuesto hasta tener todas las cartas en su mano. Incluso en un caso tan sencillo como éste debe husmearse hasta el más insignificante detalle y, en una entre mil ocasiones, puede ser que se encuentre algo que no encaje, y ésa podía ser la vez número mil; cualquiera de los casos podía serlo.

- De acuerdo, llévenselo - dijo, y los dos hombres de la camilla depositaron las ciento sesenta libras de carne fría que se habían llamado John Carey en el centro de la misma y, levantándola, salieron hacia la puerta.

El gerente del hotel habla estado revoloteando ansioso al otro lado de la puerta, y entonces el sargento-detective le invitó a que entrase. Lo hizo con rapidez, cerrando tras de sí la puerta aún más de prisa. Evitó dirigir su mirada hacia la inmensa mancha de sangre que cubría parte de la alfombra de color beige.

El sargento-detective extrajo un cuaderno de notas de su bolsillo y un lápiz de otro, e hizo un gesto al gerente.

- Siéntese, mister Weissman.

El lápiz revoloteó sobre el cuaderno de notas.

- Mister Weissman, ¿conocía usted a John Carey por algo más que por su estancia en el hotel?

- Bueno, indirectamente. Era amigo de un conocido, Lee Wheeler. Quizá esa fuese la razón por la que decidió venirse a vivir aquí. En efecto, Mister Wheeler me contó que había recomendado el «Colbrook» a Mister Carey.

- ¿Cuánto tiempo hace de eso?

- Mister Carey se trasladó aquí hace tres meses, justo después de que su esposa e hijo perecieran en un accidente. Vendió su casa y se vino a vivir aquí, al hotel. Éste es un hotel para residentes; todos nuestros clientes son más o menos permanentes.

El sargento-detective levantó la mirada de la libreta.

- ¿Murieron a la vez la esposa y el hijo? Carey... Dígame, ¿se trata del caso ocurrido hace tres meses en que un coche fue alcanzado y arrastrado durante una milla por el «Limited» antes de que el tren pudiera parar?

- Sí. El muchacho, que tenía ya dieciocho años, llevaba a su madre de excursión la tarde del domingo, aprovechando que el padre había salido de viaje. Fue horroroso.

- Ya. Eran éstos los únicos parientes que le quedaban, si no recuerdo mal. Leí algo sobre este caso, pero no lograba relacionarlo con el nombre de Carey.

- Pues sí, siempre me abstuve de comentarlo con mister Carey, pero aquel amigo mutuo me habló de ello. El muchacho era su único hijo, y no tenía otros parientes.

El sargento-detective movió la cabeza impresionado. La nota que John Carey había dejado sobre el vestidor, escrita a mano con una letra que era de presumir fuese la suya, aunque este punto sería también verificado, era una

súplica no dirigida a nadie en particular, pidiendo ser enterrado en el nicho 4, sección 7, del cementerio de Parkhill, al lado de su mujer y de su hijo.

Eso también concordaba. Cuando se han estudiado centenares de suicidios, se llega a captar toda la sicología de los mismos.

Saltaba a la vista que los factores físicos ligaban. Y ahora, también los psicológicos aparecían con igual evidencia. Y el móvil, lo mismo. Aunque móvil no era la palabra exacta; uno no tiene ningún móvil para suicidarse, sino que tiene una razón, o un conjunto de ellas.

- Y ahora hábleme de lo ocurrido esta mañana - dijo.

- La chica de servicio llegó a las diez en punto, esta es la hora en que normalmente entra en esta habitación, y se encontró con la puerta cerrada. Bueno, quiero decir cerrada por el interior, por lo que no consiguió abrir con su llave. Cuando un huésped deja la habitación, cerrando la puerta, ella emplea su llave maestra. Por esa razón supuso que Mister Carey aún estaba en el interior, usted ya me comprende. Sin embargo, durante los tres meses en que mister Carey estuvo con nosotros jamás se había levantado tan tarde en día de trabajo. Por consiguiente la chica me avisó por el teléfono interior preguntándome si debía llamar a la puerta.

- ¿Y usted le dijo...?

- Le dije que yo mismo llamaría por teléfono. Me dirigí a la cabina de la telefonista dispuesto a decirle que llamara al 816, cuando pude ver que ella introducía la clavija en el agujero del 816. No contestó. Aguardé durante un minuto hasta que ella desconectó la clavija y le pregunté si aquella llamada había sido cumplimentada, contestándome ella que no, pues el 816 no había contestado. Sólo entonces comencé a preocuparme seriamente.

- ¿Y subió a la habitación?

- Bien, primero hice otra cosa. Pensé que probablemente la llamada procedía de la oficina para preguntar por qué aún no había llegado. Ya comprenderá que nadie más, ni siquiera sus amistades, por ejemplo, habrían pensado encontrarle a las diez en su hotel en día laborable; tenían que suponerlo ya en su despacho. Por esto pensé que la llamada procedía de la oficina. Y llamé allí.

- ¿Dónde está eso? - preguntó el sargento-detective dejando de escribir.

- En el edificio del State Bank. El nombre de la empresa es «Carey & Greene» y se dedica a exportación e importación. Pregunté por Mister Greene explicándole quién era yo y la razón de mi llamada. Me contestó que había sido él quien había telefoneado a Mister Carey. Deseaba conocer la razón de su ausencia, puesto que llevaba ya retrasadas dos citas en esta mañana. Luego le expliqué lo de la puerta cerrada desde el interior, y me contestó que lo mejor sería echarla abajo.

- ¿Se le ocurrió que podía tratarse de un suicidio? Me refiero a Mister Greene.

- Por la forma en que se lo tomó, yo aseguraría que así fue. Y comprendo la razón. Últimamente, podía verse a mister Carey muy desanimado y comportándose en forma extraña. Francamente, eso fue lo primero en que pensé, y creo que a mister Greene se le ocurrió lo mismo por idéntico motivo. Naturalmente, estaba enterado de que mister Carey acababa de perder a toda su familia de golpe y... bueno, ya me comprende.

El sargento-detective asintió.

- Requerí la presencia del doctor Deane - continuó el gerente -, y de Joe, el conserje, subiendo los tres aquí. Llamé a la puerta y, en vista de que continuaba sin recibirse ninguna contestación, le dije a Joe que derribase la puerta. Aunque no tuvo necesidad de hacerlo; él sabía cómo golpear la cerradura con un martillo para conseguir romperla.

- ¿Y entraron los tres aquí?

- Solamente el doctor Deane. Joe no entró y yo me limité a asomarme para ver cómo el doctor Deane se inclinaba sobre el... sobre Mister Carey. Cuando me dijo que Mister Carey estaba muerto, cosa de la que yo me había dado ya cuenta al primer golpe de vista, llamé a la policía. Y eso es todo.

- Gracias - dijo el sargento -. Bien, debo marcharme. Querría tener unas palabras con su socio, Greene. Gracias por su ayuda, Mister Weissman.

Al llegar a la puerta, el sargento-detective se detuvo para contemplar la cerradura rota. El gerente pasó por su lado hacia el recibimiento y el sargento se reunió con él allí. Un policía de paisano estaba apoyado contra la pared, al lado de la puerta.

- Quédate aquí hasta que cambien la cerradura y la puerta sea sellada. Luego vuelve para informarme. Dile al jefe que aún me queda por efectuar otra visita - le dijo el sargento-detective.

- De acuerdo. ¿Simplemente suicidio?

- Seguro.

Mientras bajaba en el ascensor con el gerente, se le ocurrió una pregunta.

- Dijo usted que Carey se comportaba de un modo extraño. ¿Qué hacía?

- Bien, es un poco difícil de explicar. Algo así como si estuviera siempre escuchando. Como si escuchase o esperase oír algo. Es sólo una suposición, pero aseguraría que oía voces.

- Muchos de ellos lo hacen - contestó el sargento.

Muchos de ellos lo hacen. Y John Carey se contaba entre ellos. No se trataba exactamente de voces, sino de una sola voz. Una sola voz, y había necesitado tiempo para llegar a situarla y conocer con seguridad de cuál se trataba.

Y entonces se dio cuenta de que se trataba de su propia voz, y ya todo le resultó perfectamente claro.

La primera vez que la oyó fue tres semanas después del entierro, el entierro por partida doble que había significado en su vida el fin de todo aquello que para él tenía alguna importancia.

Entonces hubiese querido suicidarse, justamente después del entierro, pero no se sintió con fuerzas para ello. Es doblemente doloroso el no desear vivir y, a la vez, no tener el suficiente coraje para matarse. Pero luego surgió la voz.

La primera vez que la escuchó le había alarmado. Fue precisamente en medio de una conversación, mientras intentaba desprenderse de un chillón y pelirrojo vendedor de libros. Habla sido sorprendido por el vendedor, puesto que se encontraba solo en la oficina; Dave Greene había salido y la mecanógrafa se había ido á comer. Por fin había convencido a aquel tipo de que no deseaba ninguna clase de libro y se disponía ya a cerrar la puerta cuando, en el tan esperado silencio, se escuchó una voz que le decía:

- Suicídate, John Carey.

Como es de suponer, se llevó un susto; había estado mirando fijamente al vendedor de libros y, a pesar de que era un poco corto de vista, pudo verle lo

suficientemente bien como para asegurar que él no lo había dicho. Y saltaba a la vista, además, que el vendedor de libros tampoco lo había oído.

«¿Me estaré volviendo loco?», pensó, y ese pensamiento le estuvo preocupando durante algún tiempo.

Luego se resignó y llegó a la conclusión de que sólo le faltaba reunir ánimos para llevarlo a cabo. La voz le había ayudado.

La segunda vez que la oyó, una semana después de la primera, había sido en un parque público, el parque que acostumbraba a cruzar en su camino hacia casa y comprobó que allí no había nadie más que un vagabundo dormido sobre uno de los bancos del parque. La tercera vez había sido mientras cruzaba la recepción de su hotel.

No fue hasta esta tercera vez cuando logró reconocer aquella voz como la suya. Había algo de familiar en su entonación, pero por un tiempo no había logrado reconocerlo. La propia voz no resulta tan familiar como puede creerse, pues escucharse a sí mismo no es igual que ser oído por los demás. Pero un cierto énfasis que él sabía que empleaba, le dio la clave la tercera vez en que escuchó... Volvió a escucharla otra vez a la entrada de un teatro; otra en la oficina estando con Paye, sin que por supuesto la oyese éste; otra en la calle, cuando acababa de dar unas monedas a un sucio y desaliñado pordiosero; y otra en un autobús. Una docena de ocasiones en algo más de dos meses.

Hubiese ido a ver a un psiquiatra de haber pensado que merecía la pena, si hubiese deseado realmente vivir. Pero ¿por qué no dar la bienvenida a la locura, si ésa le ayudaba a conseguir el valor necesario para llevar a cabo lo que en el fondo deseaba?

Y al fin, el valor. La navaja. El fin.

- Mi nombre es Weston. Policía. ¿Es usted David Greene? - dijo el sargento.

- Sí, siéntese, Mister Weston. ¿Viene... Viene usted del hotel?

Y cuando el sargento-detective asintió, Greene inquirió a su vez:

- ¿Puedo preguntar cómo ocurrió?

- Con la navaja de afeitar.

- ¡Qué horrible! Sin embargo... creo que era lo mejor que podía sucederle. Había estado viviendo en una tortura continua durante tres meses... ¿Está usted enterado ya de lo que le ocurrió?

- Sí, murieron a la vez su esposa y su hijo. La razón por la que se suicidó está pues suficientemente clara. Una cosa así, sucediendo de repente y tan inesperadamente, trastornó su mente hasta... bien, hasta que lo hizo.

- ¿No existe, pues, ninguna duda de que se trata de un suicidio? - preguntó Greene.

- Ni la más leve sombra. Se encerró en su habitación por el interior. Incluso la ventana estaba cerrada, aunque de todos modos tampoco nadie hubiera sido capaz de entrar por ella en un octavo piso. El motivo es obvio. Dejó una nota en la que decía dónde deseaba ser enterrado. Incluso podían verse en su garganta los clásicos cortes de los primeros tanteos.

- ¿Tanteos?

- Así es como los llamamos. Quizás no debí mencionarlos; no resulta agradable pensar en ello cuando se trata de alguien conocido. Los tanteos son unos cortes superficiales, unos trazos preliminares a un lado de la garganta del suicida que se degolla. Casi siempre los encontramos en los casos típicos de este modo de suicidio. Es difícil tener suficiente coraje la primera vez para

clavar la navaja profundamente. Se presentan en uno de cada seis casos. Él tenía tres. No es agradable pensar en ello, pero, en fin, allí estaban. ¿Tenía alguna otra preocupación además de la pérdida de su familia? Me refiero a preocupaciones financieras, principalmente.

- No lo creo. No tengo idea de si había llegado a ahorrar mucho dinero, si es que lo hacía, pero lo que sí puedo asegurar es que era solvente. Juraría que no tenía deudas. Supongo que deja unos cuantos miles de dólares. ¿Se quedará el Estado con ello?

- Siempre que no haya dejado testamento y que no se presente ningún familiar a reclamarlo.

- No se presentará ninguno. Resulta curioso, pero tanto el como su mujer habían sido incluseros y habían sido educados en un orfanato. Y tampoco creo que haya dejado testamento. Quiero decir uno nuevo, desde que fallecieron su mujer e hijo. El que redactó anteriormente ya no tendrá ningún valor puesto que lo dejaba todo a su esposa.

- ¿Se hubiera enterado usted si lo hubiese hecho?

- Creo haberlo mencionado anteriormente. Dejaba que sus pólizas de seguro personal caducasen porque aseguraba que ya no tenían razón de existencia. Y creo que pensaba lo mismo con todo lo que fuese dinero.

- Siempre y cuando no pensase dejarlo a una institución benéfica en vez de entregarlo al Estado.

Greene se encogió de hombros.

- Temo que incluso para eso se encontrase demasiado desalentado. Puedo equivocarme, desde luego. En caso de que tuviera un nuevo testamento se encontraría en su caja de seguridad, en el banco de la esquina y, para salir de dudas, no tiene usted más que abrirla.

- No crea que voy a hacerlo - respondió el sargento-detective -. El Estado se ocupará de ello. Se necesitaría una orden judicial para abrirla y no quiero hacerlo; a menos que usted esté seguro que pueda haber algo que interese.

- No tengo idea de lo que pudiese guardar en ella.

- Bueno, no tiene importancia. Le diré que he estado dudando entre cerrar el caso declarándolo como suicidio de un perturbado, o dejar este extremo en blanco. Pero no creo que tenga ninguna importancia. El gerente del hotel tenía la impresión de que... bueno, de que últimamente había estado un poco fuera de sus cabales. Como si escuchara voces. Muchos de ellos las oyen. ¿Cuál es su opinión, Mister Greene?

- Sí, actuaba en forma extraña. Pero se debe tener en cuenta que... que desde el accidente estaba muy ofuscado. Quiero decir, desde que supo que sus familiares más cercanos lo habían sufrido. Se movía como un autómatas en todo lo que hacía, como un sonámbulo, si entiende usted a lo que me refiero.

- Naturalmente. Pero ¿cree usted que el gerente del hotel tiene razón al asegurar lo de las voces?

- Bien... en cierta ocasión, estando él y yo solos en la oficina, me preguntó repentinamente si había oído algo. Le pregunté qué quería decir, y me dijo que lo olvidara. Esto es lo único que se me ocurre. Podía ser por lo que usted dice, o también porque hubiese oído algún ruido en el exterior al que yo no hubiera prestado atención. Él tenía el oído muy fino; su vista era bastante débil, pero su oído era más fino que lo corriente. Mucho mejor que el mío.

- Sólo una cosa más, Mister Greene. Mera rutina. ¿Hay alguien que resulte económicamente beneficiado con esa muerte? O por el contrario, ¿hay alguien que haya resultado perjudicado por ella? ¿En qué forma afecta a su negocio?

- Creo que resultaré beneficiado. En efecto, tengo motivos para alegrarme. Resulta espantoso emplear esa palabra, pero no pensaba en lo que puede parecer a primera vista. Dado que se suicidó a puerta cerrada y dejando una nota., si cupiera alguna clase de sospecha, de... juego sucio como tengo entendido que le llaman ustedes, resultaría una situación delicada para mí ya que nuestro seguro en común podría parecer un móvil sospechoso.

- ¿Se refiere a un seguro de vida?

- Sí. Entre otras cláusulas, en nuestro contrato de asociación estipulamos que cada uno inscribiera una fuerte póliza de vida a favor del otro, para que así no se viera en inferioridad de condiciones en caso de fallecimiento de uno de los socios. Es una cosa normal entre socios. Incidentalmente le diré que me refería a eso cuando dije que había dejado caducar su propia póliza. Su esposa se hubiera beneficiado de ésta. Aquélla de la que yo soy beneficiario, y que representará una bonita cantidad de dinero para mí, no había caducado, naturalmente; era un compromiso financiero.

El sargento-detective asintió. También él se alegraba de que aquel móvil ya no tuviera ninguna importancia y de que todo el caso no fuera más que una mera cuestión de rutina, y de que ya lo tuviera resuelto, exceptuando el informe que tendría que redactar sobre el mismo.

Al sargento-detective le dolían los pies y deseaba continuar sentado un minuto más, por lo que preguntó:

- ¿Fueron socios durante mucho tiempo, usted y Carey?

- Ocho años. Él fue quien me asoció a su negocio, y resulta cómico, dada la cantidad de teclas que anteriormente había tocado yo y todo lo que había intentado hasta entonces. Había estado trabajando con una compañía ambulante en un espectáculo de variedades, en aquellos tiempos en que aún existían variedades en las que actuar, y consiguiendo trabajar de cuando en cuando en algún teatro de veras... Y aquí acabé siendo un respetable hombre de negocios, e incluso el dueño del mismo. ¿Un cigarro, Mister...? Perdón, he olvidado su nombre.

- Weston. Muchas gracias.

El sargento-detective encendió una cerilla y adelantó el brazo para dar fuego a Mister Greene, encendiendo posteriormente el suyo. Era un buen cigarro puro.

- No sé si sabrá que yo siempre he tenido afición a su carrera. O, mejor dicho, a ser detective privado. Pero supongo que ya nunca tendré oportunidad de llegar a serlo. Gano demasiado dinero para que pueda cambiar ya de profesión - dijo Mister Greene.

- No se gana demasiado como detective privado, desde luego.

- Lo supongo. Pero creo que no se me hubiera dado del todo mal. Tengo la impresión de que habría sabido seguir a la gente sin ser visto, y todas esas cosas. Y sé perfectamente que la cuestión de los disfraces habría sido mi fuerte. Las pocas veces que logré tener algún papel en el teatro fue para representar a personajes de carácter y ello debido a mi habilidad para maquillarme. Y a mi dominio sobre la voz, pues tanto podía imitar a un viejo decrepito como a un muchacho joven, como a cualquier otra cosa. Las

imitaciones se me daban muy bien. Las hacía tan bien que no había quien pudiera diferenciar mi voz de la original.

- No hubiera tenido usted muchas ocasiones para disfraces o imitaciones de haber sido detective privado. No más, probablemente, de las que se le hayan podido presentar en su negocio. ¿Era eso lo que hacía en escena...? ¿Imitaciones? - dijo el policía, a través de los vapores de su aromático cigarro.

- Trabajaba como ventrílocuo.

El sargento suspiró mientras se levantaba de su sillón.

- Pues antes yo tocaba el trombón y lo hacía bastante bien. ¡Y míreme ahora! En fin, gracias por el cigarro. Y adiós.

- Adiós - contestó Greene.

FIN

Enviado por Paul Atreides